

## LXXVIII.

Eugenia salió á dar un paseo sola por las alamedas, que á orillas del Tajo se extienden, y encontró á Eusebio que sin duda iba á tributarle de nuevo las ardientes protestas de sus amores.

—Hola, mi buen amigo.

—¡Oh! mi Eugenia, te encuentro antes de lo que imaginaba mi deseo, y te veo mas hermosa aun de lo que te pintaba mi enamorada fantasía, y mi fiel memoria.

—Eres un verdadero don Juan Tenorio. Pasas tu vida riendo amorosas fortalezas, y según te he oído decir, no hay dama que á tu vista no se trastorne; ni corazón que no te adore.

—Pero esa fortuna tiene también sus sinsabores, para que se vea que en el mundo no hay nunca una verdadera felicidad. Tengo mi conciencia recargada de remordimientos, porque he sido causa inocente de muchos suicidios.

—Y con ese corazón tan inmenso, donde pueden flotar á la vez tantas estrellas, ¿te has atrevido á dirigirme amorosas quejas, y á desairar enamoradas bellezas?

—Yo te diré; como literato, soy miope, y como poeta soy desmemoriado; y muchas veces olvidándome de montar los lentes en mis narices, no puedo alcanzar á comprender el lenguaje de los ojos, que es el único concedido á tu desgraciado sexo. Las desaparecidas, se juzgan desamadas, y este juicio las arrastra á veces á una catástrofe.

—Seguro. Tus gracias personales, tu sabia conversacion; tus famosas obras literarias, tu renombre de disipado, todo contribuye á hacerte digno del amor que el bello sexo te profesa.

—Me adulas.

—Y si contemplamos á la aureola de poder, que orna tus sienes, no podremos menos de confesar que con el tiempo has de ser como el ídolo de las damas el Dios de los pueblos.

—Es verdad, Eugenia, verdad. Soy un grande hombre. Soy diputado. Ya afilo mi lengua para dar tajos y mandobles, ya limpio mis lentes para contemplar las damas de la tribuna; verdaderas amazonas prontas á lanzarse á la pelea después de un discurso, donde rebosa el amor á la patria y á la libertad, amor indispensable, si queremos llegar á la cumbre de la fortuna.

—¿Y será graciosa tu acta?

—No es muy limpia. A los electores que me oponian resistencia, mandé simultáneamente que les tapiasen las puertas en el silencio de la noche, cuya operacion les imposibilitó de hacerme la guerra; y como quien *calla otorga*, dije que su silencio era mi amigo. Corté puentes como Napoleón, con cuatro hombres armados hice correr á semejanza de Pizarro á diez indios bravos, que iban dispuestos á oponerme resistencia; quemé barcas como Hernán Cortés, no para cortar la retirada á mis amigos, sino para impedir el avance de mis contrarios; amenacé como Atila: di destinos con prodigalidad como Commodus, y festines como Nerón; hablé en el lenguaje de O'Connell las masas; y prometí desde el Sinaí de una tribuna á mis comitentes la tierra de Promisión.

—Y todo eso constará...

—No, el alcalde no sabia leer, ni el secretario escribir. El un vocal era ciego y no veía lo que pasaba; el otro mudo, y nada comprendía de aquella farsa. Los burladas hicieron protestas que antes cayeron en mis manos que en la baliya del correo; y el acta ha venido pura, limpia, sin mancha de pecado original, y ha sido aprobada unánimemente por el Congreso.

—Eres feliz...

—Solo me falta una palabra de tus labios para completar mi dicha. Los guerreros de la edad media después de clavar la cruz en las almenas de las moriscas ciudades, reclinaban su cabeza ornada de laureles en el regazo de una hermosa, á cuyos pies rendían su gloria para recibir el premio de un amor infinito.

—Tus triunfos son demasiado altos para aspirar á tan mezquina recompensa.

—Eugenia, es mas difícil vencer á un elector que herir á un moro. Es mas costoso ganar una eleccion que rendir una fortaleza. Y si el premio ha de ser proporcionado á los trabajos, no sudó Pulgar gotas de sangre mas negras en Granada, ni Pizarro pasó noches mas espantosas en el Perú, ni Napoleón tiró mas horriblemente á orillas del Berezina como sudé y padecí, y tirité en las amargas noches y días de mi eleccion. Ya es una papeleta que hay que romper; ya un traidor que ha mentido maquiavélicamente, ya el secretario se olvida de su papel y por leer lo que no está escrito comete la barbaridad de leer lo que está escrito; ya se han embriagado unos cuantos, y en la embriaguez revelan planes imprudentes y se enarbolan los palos, y estás á pique de perder la cabeza, y tienes que visitar casa por casa á todos los magnánimos electores, para oír las sandeces de los unos, las impertinencias de los otros, y los memoriales de todos. En fin, Eugenia, mírame, soy un héroe; luché y vencí, y las heridas quedan grabadas indeleblemente en el fondo de mi desahuciada bolsa, y mi dinero, sangre de mi corazón, se ha derramado profusamente en el campo de batalla. Compénsame mis fatigas con tu amor; y borra con tu aliento de mi frente la huella de tantos triunfos.

—Eusebio...

—¡Oh felicidad! exclamó fuera de sí el diputado.

—Si en el cielo desaparece una estrella, ¿le quitará algun esplendor?

—Ninguno.

—Si recoger del mar en una concha un sorbo de agua ¿perderá el mar mucho de sus caudales?

—Nada.

—Si en un bosque de América, arrancas una hoja, quedará desnudo por eso de su verdor y de sus galas?

—No.

—Pues mi amor es estrella, perla, y hoja en el cielo de tus amores, en el mar de tus recuerdos, y en el bosque de tus ilusiones.

—He ahí una calabaza calderoniana. Lástima grande que, la hayas adornado con la mágica cadencia del metro.

—¿Con que no hay medio?

—Ninguno.

—¿Y si el corazón se arrebata, y arde en deseos de venganza?

—Se consumirá esa llama.

—¿Y si á ese aventurero que me roba tu amor le mato?

—Es demasiado débil tu valor para arrastrarse á sus pies.

—¿Y si le descubro tu pasada vida, y le revelo tus deshonorosos secretos, y los favores que me has prodigado?

—Te llamará calumniador, retándote á un duelo, donde tu cobardía te hará perder la vida.

—¡Oh mujeres, mujeres!

—¿No te aman tanto? Mal les pagas sus amores.

En esto se asomó á una ventana la rubia cabeza de María.

—Hola, exclamó Eusebio. Esa es la amada de tu amado.

Eugenia dió un grito de horror, y Eusebio, mirándole con altivo desprecio murmuró:

—Venganza!

Y partióse.

## LXXIX.

Eugenia encontró á Ernesto en sus jardines al tornar á su palacio después de haber despedido al diputado.

—¿Estás entregado á tus meditaciones? (Note el lector que ya se tuteaban.)

—Pensaba, Eugenia mía, que abandoné las playas de mi patria por buscar gloria, y que aislado en este paraíso, y detenido por tus amores, me he olvidado de mis intentos.

—Pronto la harás. Inspírate en esta colosal naturaleza, da tu voz al viento, que tiempo habrá para que tus cantares pasen de generacion en generacion hasta el último limite del tiempo. ¿No vamos ahora á ser felices?

—Si, muy felices. ¿Pero no te parece un crimen olvidar á mi María?

—No me amas, Ernesto.

—Si, si, con todo el sentimiento de mi corazón, de este corazón cerrado á la esperanza, á la felicidad.

—¿Nuestro enlace no borrará de tu imaginacion esas penas?

—No, porque este dolor debe ser eterno. Te amo, Eugenia, y si mañana huyeras de mi para siempre, lloraria inconsolable tu pérdida; te amo, y tu amor no puede borrar mis recuerdos ni apagar mis dolores.

—Y si mañana la suerte tornase á presentarle á María, maldecirás tal vez el instante en que me conociste y la hora fatal en que me amaste.

—María es de otro ser, y un abismo insondable la separa de mi corazón.

—Pues si es así, ¿por qué afligirme, cuando llega el momento de nuestra eterna union?

—No te aflijas. Déjame. Ya conoces los desvarios de mi corazón, y los delirios de mi entendimiento. Y sabes también que muerta en mi pecho toda esperanza que pudiera avivar el amor que por María sentí, soy todo tuyo, porque mi porvenir te pertenece.

—Pero siempre impresa en tu rostro esa tristeza desesperante. Tus labios se contraen para ahogar suspiros, y tus ojos pugnan por contener lágrimas. Yo, que te amo tanto, que perderia por tu adoracion mi vida, yo no merezco ni una lágrima, ni un suspiro, en premio de esta pasion tan inmensa como pura.

—Fatal fue mi destino; nací para llorar y para hacer llorar. ¿Por qué me amaste, Eugenia, si sabias que mi maldita naturaleza ha sido forjada para la desgracia?

—¡Ay!

—No llores. Seremos felices, en cuanto cabe serlo, aquí en la tierra. Todo pasa, todo se desvanece como la niebla que ayer envolvía á los bosques. Un tiempo fue en que sentía yo ardor por la ciencia, buscaba los secretos de la naturaleza en ese libro escrito con caracteres de fuego por la mano del Eterno. Entonces también la fe ardía en mi corazón. Iba en pos de lo bello y creía con fe en la emancipacion de los hombres, y en el reinado de Dios sobre la tierra.

—¿Y el tiempo ha borrado todas esas creencias?

—Todos mis ensueños se han desvanecido. ¿Quién sabe si se dispararán también todos mis dolores?

—Dios lo quiera. Los jóvenes deben pensar en lo porvenir. Después que Dios haya bendecido al pie de los altares nuestros amores, haremos como peregrinos á visitar los templos de las artes. Tu verás como Dante renace entre las esculturas de Florencia, y bajo aquel cielo oírás suspirar á Beatrice, y llorar á Miguel Angel. Buscaremos la antigua Roma, y contemplarás á la vencedora de la eternidad roída por el gusano del tiempo, y sepultada bajo el peso de sus ramás. Oramos en San Pedro, y nuestra oracion tomará el vuelo á lo infinito, porque aquella inmensa cúpula, es la cadena con que el genio de Italia lo ha unido el cielo y la tierra en un amor eterno é inefable. Y tal vez

en medio de aquel mundo de las artes, mecido por las auras que hicieron vibrar la lira de Virgilio, sentado sobre las ruinas del mundo antiguo, y al pie de la cuna del mundo moderno la inspiracion te oiga y cuna á tus sienes una corona impercedera de laureles.

—Y que veré, si llevo en mi pecho la desesperacion y en mi inteligencia la duda. Florencia me recordará la ingratitud de los hombres, y el martirio del genio, Roma la heroicidad sepultada para siempre en el polvo que levanta la huella de los siglos; San Pedro la fe abandonada, é Italia la hermosa Itálica, esa esclava coronada de flores, nada dirá á este corazón desgarrado.

—Ernesto, Ernesto.... no me amas.

—Que no te amo. Tú eres la única luz que brilla en esta vida tenebrosa. Tu aliento refrescará mis sienes.

—Ernesto. ¿Seremos felices?

—Si, si.

—Abandona ese dolor.

—Lo mitiga tu presencia. Amame. Amame.

Por mas que Ernesto intentaba levantar remordimientos en su conciencia, el dolor que por su antigua amante sentia era un dolor poético, un dolor artístico como el amor, que á Eugenia profesaba era un amor lleno de vida, aunque parecia nacer á despecho de su misma voluntad.

Los poetas rara vez dicen bien lo que bien sienten. Esta consideracion podrá ser muy vulgar, pero es muy cierta. Además, los poetas rara vez sienten lo que cantan, y pocas veces cantan lo que sienten. Yo no quiero conocer ni á Zorrilla ni á Lamartine. Si me los mostraran, cerraria los ojos, y si los oyera pondria un candado á mis oídos.

El gran poeta de la Francia, el que ha llenado el mundo con sus armonias, y nos ha subido á los cielos en alas de sus meditaciones, el cantor del siglo que ha dorado con su luz el sol, y ha vertido á torrentes la poesia sobre el corazón de los desgraciados pueblos que le escuchan, tiene.... gota.

## LXXX.

Que bien dijo el que dijo.

Son zelos una pasion,  
que al mas cuerdo desatinan....

Eugenia ya se habia cansado de las jeremiadas de Ernesto, y creo que al infatigable lector le sucederá lo mismo. María era su rival. Aquel amor poético de Ernesto iba á ser atizado por la realidad. Delante de su María, Ernesto daría al olvido ciertamente todo su afecto por Eugenia. Enviar á Madrid á María, le parecia arriesgado á Eugenia, y tenia que cualquier día se encontrasen ambos amantes. Sus zelos no la dejaban sosegar, y así no durmió en toda la noche. Registró en sus mientes todas las novelas que habia leído para que la diesen medios de abordar aquel apuro. Concibió un plan descabellado, y lo puso en práctica. Paciencia y barajar, como dijo don Quijote, que pronto verás lector, lo provechoso que es aplicar las novelas á la vida.

Soy algo desmemoriado, y se me olvidaba decirte que el matrimonio de Ernesto y su amada iba muy adelantado. Ya se habian tomado los dichos, y ya se habia enviado á Toledo por un modo breve de verificar el casamiento; Eugenia no dudó un momento en dar á Ernesto sumano empuñada con la deshonra. Y al fin, ¿qué es el honor? Un fantasma que yace enterado en los fosos y castillos de la edad media.

## LXXXI.

Amatecia la mañana con sus esplendentes galas y sus armoniosos ruidos. La faz del alba doraba el ho-

rizonte con esplendrosos matices, y suaves auras agitaban las sonrosadas alas de la aurora. Las flores abrían sus cálices, en cuyo fondo naturaleza había vertido algunas lágrimas de purísimo rocío, y los árboles mecían sus hojas, arrullando los mídos de las parleras aves que saludaban con sus armoniosas canciones al Dios de la vida y de la luz. Algunas estrellas esparcidas en el campo de los cielos plegaban sus alas, y se dormían gozosas en el regazo de la eternidad. Los montes lucían aureolas de luz, engalanándose con los primeros albores de la mañana, y las sombras huían despavoridas como fatídicos ensueños de la tierra.

—Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado pa-

—¡Maria! dice.

—¡Señorita!

Eugenia coge una de sus torneadas manos y mirándola con cariñoso afán exclama:

—Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado pa-

—¡Maria! dice.

—¡Señorita!

Eugenia coge una de sus torneadas manos y mirándola con cariñoso afán exclama:

—Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado pa-

—¡Maria! dice.

—¡Señorita!

Eugenia coge una de sus torneadas manos y mirándola con cariñoso afán exclama:

—Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado pa-

—¡Maria! dice.

—¡Señorita!

Eugenia coge una de sus torneadas manos y mirándola con cariñoso afán exclama:

—Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado pa-

—¡Maria! dice.

—¡Señorita!

Eugenia coge una de sus torneadas manos y mirándola con cariñoso afán exclama:

—Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado pa-

—¡Maria! dice.

—¡Señorita!

Eugenia coge una de sus torneadas manos y mirándola con cariñoso afán exclama:

—Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado pa-

—¡Maria! dice.

—¡Señorita!

Eugenia coge una de sus torneadas manos y mirándola con cariñoso afán exclama:

—Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado pa-

—¡Maria! dice.



Don Braulio.

rece hebras de oro, tus ojos son de color de cielo.

—¿No has amado nunca?

—Amo aunque sin esperanza. ¿Mas qué importa?

—¿Con qué no han muerto tus ilusiones?

—Mis ilusiones no morirán nunca. No veo a mi amado, pero vive en mi corazón. No oigo su voz, pero sus palabras son las armonías con que se duerme en la esperanza mi alma. Tal vez en este mundo no

le encuentre, Dios querrá que nos amemos en su presencia.

—¿Es hermoso?

—Negros sus ojos, rizado su cabello, alta su frente, y noble y generosa su alma.

—Y....

—¿Con Dios puedo tan solo comparar mi amor?

—¿Y él te ha abandonado?

—No, yo le abandoné por remediar una desgracia.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero sí en el cielo.

—Infeliz. Debe ser muy triste padecer de un amor desnudo de esperanza.

—Para los que creen que el mundo está subordinado a su voluntad es un horrible martirio. Para las almas que han aprendido a llorar desde la cuna, es una lágrima mas tributada al dolor.

—¿Y desearias verle?

—Hace dias no lo deseaba, por no exaltar pasiones adormecidas ya por la desesperacion. Hoy deseo lo que ayer no deseaba.

—Esa incertidumbre es propia de tus años.

—Hay una razon poderosísima que no debo ocultar, y que me obliga a desear una entrevista. Mi amado era muy cristiano. A orillas del mar le enseñé a pronunciar el nombre de Dios. En una noche estrellada le mostré los ángeles que nos guarecen bajo sus alas. Cuando se ponía el sol, al compás de la campana de la oracion entonabamos el Ave-Maria acompañados del último gorgo del ruiseñor, y de los primeros murmullos de la noche. Las flores de nuestros jardines eran para adornar la peana de Maria. A la luz de la luna íbamos al santuario, y nuestros amores nos dictaban oraciones llenas de esos deseos de eterna felicidad, que siente el alma cuando el mundo es mezquino para encerrar su amor. En su isla habia levantado una cruz que aparecia todas las mañanas ornada de flores cogidas por sus manos, y esmaltadas de rocío. Nuestra vida era como la vida de los serafines, toda amor, toda oraciones. Pero despues que le perdí sé que ha perdido la fe. Y quisiera hablarle de Dios, mostrarle en mis manos el cielo para que jamás la duda se apoderase de su alma.

—Eugenia, aunque bastante conmovida, peleaba consigo misma por ahogar su conmocion. Sin mirar a Maria, temerosa de que tanta virtud tuviese poder para desbaratar sus intentos, alzó una cortina y se perdió en largos corredores, diciendo:

—Maria, sígueme.

—Inútil es decir que Maria la obedeció.

—¿Por qué en el mundo las altas pasiones han de ser siempre blanco de la desgracia? Amar para llorar, ese es el destino de los corazones privilegiados. En vano sueña el alma con el amor, en vano divinas visiones esmaltan el camino de la vida, que amor es muerte, cuando los labios secos bustan afanosos su rocío, y las ilusiones son como el aire vanas cuando queremos prenderlas en el lazo de la realidad. Corremos en pos de fantasmas, lloramos por mentiras, y padecemos dolores que no existen. ¿Cuándo nos incorporamos sobre nuestro sepulcro para aspirar las auras de los cielos? ¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

LXXXII.

En un salon lujosamente adornado entraron ambas jóvenes. Eugenia se dejó caer sobre el sofá sin invitar a Maria a que se sentara.

—Me has hablado con franqueza de tu corazón, y yo debo corresponder a tu confianza. Soy mas feliz que tú.

—Yo me alegro, señorita. El bien ageno me regocija, porque al fin todos somos hermanos.

—Con la diferencia de que unos son hermanos mayores, y tiranizan a los hermanos que la fortuna ha puesto bajo sus plantas. Todos somos hijos de Dios, pero los desgraciados son sus hijastros, exclamó Eugenia con sardónica sonrisa y amarga acentuacion.

Aquellas palabras tan parecidas a una blasfemia contra Dios y la humanidad, horrorizaron a Maria que no pudo decir nada; tanto la habian afectado las terribles consideraciones de Eugenia.

—Ciertamente, añadió la literata, que es triste verse arrebatado por la muerte lo que ha conseguido a

costa de su sangre el corazón. Yo mientras aliente he de luchar con la fortuna si me opone un escollo, ó con Dios, si Dios es mi enemigo. ¿No hemos venido al mundo para batallar? Luego hemos venido para vencer, para realizar nuestra voluntad. Esa es mi filosofía. Me rio de los amores sin esperanza. Y lanzó una carcajada siniestra, que hizo temblar a Maria.

—Pero dejémonos de consideraciones inútiles. Te decia que voy a ser feliz, porque voy a unirme con el ser que adora mi corazón. Es misántropo mi futuro, pero yo alizo su misantropía porque le aisla del mundo. Es escéptico, y yo aplaudo su escepticismo, porque le reduce a no tener mas religion que mi amor. No cree en la humanidad, nada espera de Dios. ¿Quieres verle? Mirale. Dijo Eugenia con reconcentrado furor, descorriendo las persianas que daban al jardín.

—Ernesto! Exclamó Maria cayendo de rodillas como herida de un rayo sobre el frio pavimento.

Y en efecto, a orillas del Tajo bajo un lánguido satece, tendido en la yerba y hojeando un libro estaba Ernesto como olvidado del mundo, y dispuesto de sí mismo. Eugenia volvió a cerrar con prontitud la persiana y dirigió una mirada de altivo triunfo a su infeliz rival.

—Señorita, ¿por Dios! Permitidme que le dirija una palabra.

—¿Ese es tu amante, infame! ¿Y has venido aquí a buscarle; no es cierto? ¿Pues qué no sabias que su amor es mi vida, y que su corazón me pertenece? Venias a arrancarle de mi regazo, desafiando mis iras... que hacen temblar a los hombres.

—Dejadme que le hable una palabra para volver la fe a sus desmayadas creencias, y la esperanza a su desgarrado corazón. Si le amais, le querreis ver sonreír feliz, y oír como adora al Dios que os ha inspirado ese amor. Si le amais, os parecerá mezquino espacio la vida para contener tanto amor.

—Si, hablándome de mi amor, juntas tu pasión. Ese tu cariño es oprobioso, porque ni puedes tributarlo ni recibir en premio una mirada. ¿Y crees por ventura que de pasiones descarriadas puede nacer la virtud? ¿Y quieres por el camino del vicio arrastrar mi alma al cielo? Y...

—Yo le recordaré sus promesas, sus juramentos, nuestros mares y riberas, las noches de luna, el santuario y la Virgen, y creará con fe y con esperanza.

—Es decir, le recordarás tu maldito amor.

—Yo le hablaré del altar adornado con nuestras flores, regado con nuestras lágrimas. Le enseñaré la primera estrella de la tarde, derramando su luz en el campo para alumbrar nuestras oraciones y nuestras súplicas. Y entonces el amor a Dios renacerá en su pecho.

—No le verás, mujer, no le verás. Yo tengo medios de libertarme de ti, que eres el único obstáculo opuesto a mi felicidad. El mundo es ancho, te albergará con destierro donde no vuelvas a saber jamás de Ernesto, de aquí no has de salir sino a donde yo te arrastre. Estás en mi poder y probarás la ira de mis celos.

—Yo me alegro, señorita. El bien ageno me regocija, porque al fin todos somos hermanos.

—Con la diferencia de que unos son hermanos mayores, y tiranizan a los hermanos que la fortuna ha puesto bajo sus plantas. Todos somos hijos de Dios, pero los desgraciados son sus hijastros, exclamó Eugenia con sardónica sonrisa y amarga acentuacion.

Aquellas palabras tan parecidas a una blasfemia contra Dios y la humanidad, horrorizaron a Maria que no pudo decir nada; tanto la habian afectado las terribles consideraciones de Eugenia.

—Ciertamente, añadió la literata, que es triste verse arrebatado por la muerte lo que ha conseguido a

costa de su sangre el corazón. Yo mientras aliente he de luchar con la fortuna si me opone un escollo, ó con Dios, si Dios es mi enemigo. ¿No hemos venido al mundo para batallar? Luego hemos venido para vencer, para realizar nuestra voluntad. Esa es mi filosofía. Me rio de los amores sin esperanza. Y lanzó una carcajada siniestra, que hizo temblar a Maria.

—Pero dejémonos de consideraciones inútiles. Te decia que voy a ser feliz, porque voy a unirme con el ser que adora mi corazón. Es misántropo mi futuro, pero yo alizo su misantropía porque le aisla del mundo. Es escéptico, y yo aplaudo su escepticismo, porque le reduce a no tener mas religion que mi amor. No cree en la humanidad, nada espera de Dios. ¿Quieres verle? Mirale. Dijo Eugenia con reconcentrado furor, descorriendo las persianas que daban al jardín.

—Ernesto! Exclamó Maria cayendo de rodillas como herida de un rayo sobre el frio pavimento.

Y en efecto, a orillas del Tajo bajo un lánguido satece, tendido en la yerba y hojeando un libro estaba Ernesto como olvidado del mundo, y dispuesto de sí mismo. Eugenia volvió a cerrar con prontitud la persiana y dirigió una mirada de altivo triunfo a su infeliz rival.

—Señorita, ¿por Dios! Permitidme que le dirija una palabra.

—¿Ese es tu amante, infame! ¿Y has venido aquí a buscarle; no es cierto? ¿Pues qué no sabias que su amor es mi vida, y que su corazón me pertenece? Venias a arrancarle de mi regazo, desafiando mis iras... que hacen temblar a los hombres.

—Dejadme que le hable una palabra para volver la fe a sus desmayadas creencias, y la esperanza a su desgarrado corazón. Si le amais, le querreis ver sonreír feliz, y oír como adora al Dios que os ha inspirado ese amor. Si le amais, os parecerá mezquino espacio la vida para contener tanto amor.

—Si, hablándome de mi amor, juntas tu pasión. Ese tu cariño es oprobioso, porque ni puedes tributarlo ni recibir en premio una mirada. ¿Y crees por ventura que de pasiones descarriadas puede nacer la virtud? ¿Y quieres por el camino del vicio arrastrar mi alma al cielo? Y...

—Yo le recordaré sus promesas, sus juramentos, nuestros mares y riberas, las noches de luna, el santuario y la Virgen, y creará con fe y con esperanza.

—Es decir, le recordarás tu maldito amor.

—Yo le hablaré del altar adornado con nuestras flores, regado con nuestras lágrimas. Le enseñaré la primera estrella de la tarde, derramando su luz en el campo para alumbrar nuestras oraciones y nuestras súplicas. Y entonces el amor a Dios renacerá en su pecho.

—No le verás, mujer, no le verás. Yo tengo medios de libertarme de ti, que eres el único obstáculo opuesto a mi felicidad. El mundo es ancho, te albergará con destierro donde no vuelvas a saber jamás de Ernesto, de aquí no has de salir sino a donde yo te arrastre. Estás en mi poder y probarás la ira de mis celos.

—Yo me alegro, señorita. El bien ageno me regocija, porque al fin todos somos hermanos.

—Con la diferencia de que unos son hermanos mayores, y tiranizan a los hermanos que la fortuna ha puesto bajo sus plantas. Todos somos hijos de Dios, pero los desgraciados son sus hijastros, exclamó Eugenia con sardónica sonrisa y amarga acentuacion.

Aquellas palabras tan parecidas a una blasfemia contra Dios y la humanidad, horrorizaron a Maria que no pudo decir nada; tanto la habian afectado las terribles consideraciones de Eugenia.

—Ciertamente, añadió la literata, que es triste verse arrebatado por la muerte lo que ha conseguido a

33201

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

hacia afuera. En seguida solo se oye un profundo gemido; y el estertor de un cerrojo.

## LXXXIII.

Permíteme, lector, un poco de desahogo. Me esplayo, hablando contigo, porque te considero muy dispuesto á escucharme. Si te canso, el remedio tienes en la mano, cierras el libro, olvidas mis sandeces; y no temas que me enoje. No conozco ese ciego amor, que inspira el sentimiento paternal. Si tarda mucho en ir este manuscrito á la imprenta (como es probable) tal vez caiga bajo la cuchilla de mi despiadada ley mas severa que tus juicios. Con decirte que esta historia ya la escribí otra vez; y la rasgué en seguida, te convencerás de lo mucho, en que estimo mis magníficas creaciones. Sin duda te reirás de mi predilección por el argumento, que entre manos traigo, achacando á ignorante amor propio mi gusto por tan insípido cuento. Pero no puedo darte mas disculpa que mi predilección de niño, porque esta historia la oí yo contar hace dos años, es decir, cuando aun no habia salido de la infancia. Si tiene algo de novelesca, es porque la casualidad se empeña en tejer dramas, y en ser romántica, si nada de esto tiene, es en cambio mas verdadera que otros muchos cuentos, cuya lectura te habrá deleitado. Y ahora me dirá un filósofo ¿Y qué es la verdad en el arte? Nada. No pretendo que mi libro sea una obra de arte. ¡Ojala mate alguna velada de invierno.

## LXXXIV.

¿No te parece, lector, un mal que la educacion de la mujer sea tan incompleta? La mujer, ángel nacido para sentir, es menospreciada por el vano orgullo del hombre. Se la abandona á una precaria educacion, y despues se exige de ella elevadas dotes. Sobre todo no se la educa para el amor.

Sus recelosos padres jamás pronuncian en sus oídos esta fatídica palabra, y sus rígidos maestros se guardan muy bien de pintarles con todos sus colores la belleza de ese divino sentimiento.

Nadie se atreve á decir á la mujer que su destino es amar. Se tiene como crimen hablar ante ellas del amor, virtud de las virtudes; y dejándolas abandonadas á sí mismas aprenden tan solo las revelaciones de la naturaleza. La palabra *amor*, jamás asoma á los labios de un padre, como si amor no fuera emanacion de Dios, y reflejo de su gloria, como si la mujer tuviera otro fin que sentir, y adorar, como si el verdadero amor no se premiara en el cielo con eterna bienandanza.

¿Hay una razan para no iniciar á la mujer en los secretos de un amor purísimo? Ninguna.

Peró si alentais las virtudes de la mujer, si purificais su alma, si decís que el amor es abnegacion, que su goce consiste en ideas, en suspiros é ilusiones, que los espíritus se buscan como los astros, y se encuentran en un cielo, no temas que se arrastre en el lodo, porque la mujer es artista, y teme mucho empeñar la aureola de su belleza.

Así evitareis la seducción que todo lo marchita, y la deshonra que todo lo empaña. Así no dejareis á la pobre mujer que se ahogue en el mar de las pasiones, sin poder huir el lazo que le tiende el vicio, y burlar el reclamo de sus seductores. No educarla para el amor, es lo mismo que no dar al poeta una lira para que cante, al ángel un cielo para que extienda sus alas.

## LXXXV.

Maria se ve abandonada en una oscura escalera. Se

deja llevar de su suerte, y baja á un patio. En él nada habia mas que una silla de postas; y unos caballos, piafando de impaciencia. La jóven llama á todas las puertas. El eco responde á sus llamamientos. Tal vez sea el eco una voz amiga de la naturaleza, que se duele de nosotros, y nos avisa de que jamás estamos solos en la tierra.

Viendo burlados sus intentos se entrega á su última esperanza, y grita.

—¡Ernesto!!

Aun no se habia comunicado al aire aquel grito, se abre una puerta, y aparece un lacayo. Maria intenta evadirse; pero el nuevo personaje desbarata sus intentos. Suplica, y no la escucha, llora, y no se conmueve, intenta detenerle, y no puede, le sigue, y él abre impasible la portezuela del coche, retrocede Maria, y la obliga á subir amenazándola con la muerte, si despliega los labios.

Al verse allí encerrada, se espanta de su porvenir, y se acuerda de su padre, al tiempo que los caballos arrancan á todo escape, devorando el espacio en su carrera. Deja otras los jardines de Aranjuez, y entra en un páramo solitario. Ni un arroyo riega aquella desierta llanura, ni un árbol la esmalta. Algunas colinas limitan el horizonte; pero desnudas de vegetacion, y envueltas en un polvo ceniciento semejante á las lavas apagadas de un volcan. Maria comprende el oscuro enigma de su suerte, y da un grito horrible. Es el quejido de un corazon que se quiebra. Es el ay de una vida que se desvanee. Golpea á las portezuelas, se mueve en aquella cárcel como el gilguero preso en su jaula, y solo alcanza á oír la risa de sus despiadados verdugos. Saca la cabeza por uno de aquellos respiraderos, y demanda libertad. No la oyen. Cansada de luchar, se deja caer en su asiento; horrible calentura le asalta, fuerte temblor sacude sus miembros, sus ojos manan lágrimas de fuego, y su pecho exhala dolorosos suspiros. Entre tanto la silla de postas corre arrastrada por sus soberbios alazanes. Un pensamiento se apodera de Maria, uno de esos relámpagos de salvacion, que centellean á veces sobre el abismo de la desgracia. Quiere arrojarse del carruaje á riesgo de su muerte. Las portezuelas están como enclavadas. No hay salvacion.

## LXXXVI (1).

En la redaccion de uno de los periódicos de Madrid, titulado *El Torrente*, sentados delante de una mesa cubierta con flores de un dia se encuentran dos jóvenes, empleados en tejer sus producciones. El uno de ellos llamado Ramon juega con unas tijeras, el otro suspende su pluma de la oreja.

—¿Y qué diré de ese Eusebio Vivarrambla nuestro amigo?

—¿Qué has de decir? Aunque sea nuestro amigo, habla mal, y gesticula peor; comete faltas de á pedir de boca, suda, y hace sudar, ni comprende ni explica las cuestiones, tartamudea como Demóstenes, es ronco á guisa deregonero cansado, y ha hecho dormir en blando sueño á toda la representacion nacional, sin que se exceptuasen las tribunas; porque sus discursos parecen el ramo que arancó á santa Berta Roberto el diavolo.

—En justicia nada merecè, á no ser una silba que le hundiera para siempre, á fin de que en su cabeza escarmentaran los pedantes.

—Y si nada merece nada le darás, Ricardo.

—Eso ya es otra cosa. Ten entendido que desde hoy somos ministeriales. Un destino dado á tiempo debe aplacar nuestras entrañas, y toda nuestra hiel debe desaparecer entre nubes de incienso. Ayer de-

(1) Es inútil advertir que el autor no alude á la prensa actual, á quien tan obligado está.

ciamos: «La patria está en peligro.» Hoy debemos exclaimar: «El viento de la providencia nos dirige guiados por su gobierno sabio, y protector á la mas completa felicidad.»

—Te comprendo. Si ese don Eusebio hubiera hablado antes de ayer, no le dejarás hueso sano. Pero como tuvo la fortuna de retrasarse un diale pondrás en el séptimo cielo, diciendo que confundió á las oposiciones con su elocuencia.

—Pues. Al fin las ideas políticas son artículos de comercio.

En esto apareció don Eusebio. Ambos jóvenes se levantaron, inclinándose profundamente, como las legiones romanas delante del vencedor que atravesaba la Via Apia arrastrado por su carro de triunfo.

—Ola, mis amigos, no os levanteis. Somos conocidos antiguos, y yo educado en las ideas de la revolucion adoro la igualdad. Si que habeis entrado en el buen camino, declarándoos amigos del ministerio.

Ambos jóvenes bajaron la cabeza, sin avergonzarse. Está tan en moda el perjurio, y la traicion que no se consideran ya como crímenes. Andamos tan desorientados que no distinguimos la línea, donde acaba el bien, y empieza el mal.

Es acaso que Dios nos condena á la muerte como generacion maldita, y descreída? ¿Es que el mundo se desquicia? El tiempo responderá á estas preguntas.

—Dime, Ricardo, ¿has escrito la crónica de la session de ayer, en que tuve la honra de dirigir la palabra por vez primera al congreso?

—Como estábamos en negociaciones suspendí mi crítica, hasta ver de qué filas eramos soldados.

—Bien hecho. Me alegro. Aquí te traigo el juicio que yo he formado de mi discurso.

—Te doy las gracias porque me ahorras ese trabajo, aunque yo lo emprendia gustoso, porque siempre es grato ensalzar el verdadero mérito.

—Oye, te leeré algunos párrafos, para que te hagas cargo del estilo.

«El jóven diputado don Eusebio Vivarrambla se lanzó á la arena con la fe de un mártir, con el valor de un atleta. Su voz resonaba como un arpa éolica. Sus amigos temblaron al verle, y quedaron confundidos al oírle.»

«Hablo en el lenguaje de Cervantes de los grandes problemas que agitan al gran siglo xix. Mirabeau renacia en su discurso, aunque no en su figura, porque Mirabeau era horrible como la revolucion, del 82 y Vivarrambla es hermoso, y pulcro como la monarquía.»

Ambos redactores tributaron una salva de aplausos á este conjunto de disparates.

Ahora, queridos míos hablemos de otra cosa. Cuento con vuestras plumas para volar á la silla ministerial.

Los jóvenes asintieron entusiasmados, porque nada entusiasma tanto en el mundo como el heroísmo.

—Además quiero sellar mi alianza con vosotros.

—De lo cual nos alegramos infinito, exclamó Ricardo.

—Debemos divertirnos juntos en este carnaval. —Si, si; dijo Ramon admirado de la popularidad del diputado.

—Para que el carnaval sea divertido, es indispensable inventar bromas dignas de nuestra imaginacion, y que nos alcancen fama imperecedera en los anales de la corte.

—Justo, dijeron aquellos vasallos del placer.

—¿No os parece una empresa magnífica, desbaratar la boda de un señor poeta, con una señorita literata?

—Magnífico.

—Ya veis que es broma digna de figurar en una novela.

—Para broma de tamaño bulto, tu imaginacion es la mas idónea del mundo, dijo Ricardo.

—¿Os acordais por ventura de una jóven, que fue el ídolo de todos los pollos, por su coquetería, por sus amores, por su disipacion, y que se llamaba Eugenia.

—Si, dijo Ramon, conservo un rizo de sus cabellos.

Y yo una carta, añadió, que medió despues de una noche, cuyo placentero recuerdo no se borrará nunca de mi memoria.

—¡Magnífico! dijo entusiasmado Eusebio. Nada nos falta. Uniremos nuestras aventuras, y nuestros protocolos, y tomaremos venganza de la beldad que se ha convertido en una esQUIVA enemiga.

—¿Sabes su paradero?

—Aranjuez.

—¿Su casa?

—Es un magnífico palacio, donde entraremos sin obstáculo.

—¿Y quién es su amante?

—Un jóven poeta, que acaba de publicar cierta novela lastimosa, y sentimental intitulada «Maria.»

—Por cierto que es de mi agrado esa novela, dijo Ramon. Tiene páginas, que hacen asomar las lágrimas á los ojos. Y yo bajo el influjo de las impresiones que me causó, escribí un artículo, cuyas son las pruebas que acabo de corregir.

—Pues no hay remedio. Condena ese artículo al olvido, y procura que no se publique.

—¿Por qué?

—Ese jóven es mi enemigo.

—Entonces...

—Es indispensable decir que su estilo es descolorido.

—Casualmente tiene tanto fuego.

—Pues entonces se dice que es retumbante, y gongorino, añadiendo que sus consideraciones son vulgares.

—Tiene algunas dignas de un filósofo de primer orden.

—Pues se le echa en cara su oscuridad; y á toda esa filosofía se la bautiza con el nombre de metafísica intrincada, y peliaguda y sonolienta y por si acaso se dice que huele su libro á escolasticismo, para que huyan de él hasta los estudiantes.

## LXXXVII.

Luisa, la desgraciada madre de Ernesto pudo averiguar el paradero de su hijo, y supo que se habia libertado de la muerte. Esclavizada por su enamorado amante, no tuvo mas remedio que resignarse á su triste suerte y devorar en silencio su amor, y sus lágrimas de madre. Edgard no la permitia salir sola, la zelaba con el mayor recelo, y la martirizada con tormentos dolorosísimos.

Por fin un dia que se vió precisado á salir, porque así lo exigian sus negocios, la encerró en lo mas profundo de su casa, y se guardó la llave de la habitacion en el bolsillo. El singular amor de aquel hombre se exaltaba con los años, que están destinados á secar el corazon, y agotar la vida.

Su pasion era una enfermedad, una especie de mania, que rayaba en locura. Luisa, sola, encerrada pensaba en su hijo, y su amor se enardecia con las privaciones, á que se veia sujeta, despechada y dolorida tomó una pluma, y escribió la siguiente carta.

Ernesto: ¿No has deseado nunca ver á tu madre? ¿La crearás tan poco digna de tu amor? Oh, hijo mio! perdoname aunque mis crímenes no merecen tu perdón. Yo te adoro. A orillas del mar meci tu cuna, y en aquel solitario peñasco azotado por los vientos, te adoraba como la estrella de mi felicidad que amanecía. Aun debes conservar en tus labios la huella de mis

besos, y en tus cabellos la humedad de mis lágrimas. Mi amoroso mirar te alumbraba, cuando empezaste á hollar el sendero de la vida. Yo te sostenía en mis brazos; y te arrullaba con mi aliento. ¡Qué feliz era yo cuando te dormías! El canto del ruiseñor me era importuno. Temía que te despertase. Tus juegos infantiles, tu inocente sonrisa, las primeras palabras que baluceaste, los primeros besos que me diste, son imágenes de una felicidad que perdí por mi culpa, y cuyo recuerdo me atormenta envolviéndome en negros remordimientos.

—Ernesto, Ernesto, mío! Tu madre ha sido culpable y desgraciada. Todavía ignora si sus crímenes provienen de su desgracia, ó su desgracia de sus crímenes. Nunca logré una hora de tranquilidad. Nunca vi una sonrisa placentera. Solo tus ojos me han mirado con amor en el mundo. Huyendo del odio caí en la esclavitud. Seguí á un hombre á quien no amaba, por huir de un hombre que me aborrecía. Si hice mal, una vida de dolores y remordimientos debe haber expiado mis culpas, y un mar de lágrimas borrado mis manchas. La ignorancia de mis deberes me precipitó en el abismo. Tu padre... no quiero hablar de él; porque al fin, Ernesto, es tu padre.

Pero si algo vale el consejo de una madre, no te cases hasta que te hayas convencido de que la mujer que amas es la única digna de hacerte feliz, y la única también que comprende tu corazón y que te adora. No sabes como se paga un casamiento, en que la gratitud ó un compromiso nos impelen á dar un sí que pronuncian frios los labios, y dicta indiferente el corazón. Después viene el amargo tormento, las quejas inarticuladas, la indiferencia, el odio tal vez; hasta que el deshonor y el crimen completan el desolado cuadro de un enlace, cuyo móvil no ha sido un amor santo y puro. Y la mujer abandonada devora un desprecio, oye la voz de un seductor, y deseando vengarse se levanta de su abandonado lecho, se arrastra á los pies del crimen, vende su honor, y abandona en la cuna hasta su propio hijo.

En vano el desamor nos habla con elocuente voz, y el remordimiento nos atormenta con su agudo puñal. En vano la imagen del niño abandonado nos sonríe. Y las entrañas palpitan. El abandono nos incita al abandono, y el desprecio al desprecio. La ley injusta de la sociedad, graba el deshonor en nuestras frentes, y serie de las calaveradas de nuestros maridos, sin considerar que sus desórdenes nos arrastran á la lucha, y nos abisman en el crimen.

¿Te avergonzarás de ser hijo de una infeliz que no tuvo valor para sufrir resignada su martirio? No te amaba. Si te hubiera amado, jamás huyera de aquella isla donde naciste. Pero recuerdo la noche que te abandoné. El mar estaba en calma como tu sueño, el cielo puro como tu inocencia; tendido en tu lecho, entornados los ojos dormías, tal vez soñando con tu despiadada madre. La hermosa cabeza apoyada en el brazo; el pecho respirando tranquilo; una sonrisa de paz en los labios, y un reflejo de inocencia en la frente; el ángel de la Guarda á tu cabeza, y tu llorosa madre á los pies, anegada en llanto, pero atraída por el amor de un hombre que la prometía libertad y paz. ¡Te abandoné, y ahora te busco y te quiero estrechar en mis brazos! Anhelo por huir de este hombre. En el bosque de la derecha del estanque grande en el Retiro, á la hora de anochecer el domingo. Esperame, esperame.

Cuando Luisa escribía esta última palabra, oyó pasos, y una llave penetró en la cerradura. Apenas tuvo tiempo para guardar la carta en un libro de devoción que á mano tenía.

LXXXVIII.

Era Edgardo, que volvía de sus negocios mucho antes de lo que prometiera. Luisa trató de ocultar su

turbación; pues tan pronta é inesperada visita la conmovía profundamente: que el zeloso furor de su amante había engendrado odio é ira en sus entrañas.

—¿Tan pronto vuelves? le dijo.

—¿Te incomoda mi regreso?

—No por cierto.

—Estaba yo pensando, Luisa, que la felicidad consiste en merces caprichos de nuestro inconstante corazón. El avaro es feliz con el oro que atesora, y que de nada le sirve; y yo, por ejemplo, me considero dichoso junto á una mujer, que en premio de mi amor me regala con zelos y desazones.

—La desventura, Edgardo mío, si que se alimenta á veces de aprensiones. Tu podías ser feliz. La fortuna te sonríe; tu amada te adora. Pero te has empeñado en amargar tus días y lo consigues, sin poner en juego grandísimos esfuerzos.

—¡Feliz! dijo Edgardo, convirtiendo sus ojos con recelo á todo el aposento, como para averiguar si allí habrá entrado algo, ó alguien. ¿Y quién me asegura esa felicidad?

—Mis palabras.

—Es verdad; pero yo soy dado á la duda. Leo los periódicos, y pongo en cuarentena las noticias. Leo á los poetas, y me río de sus sentimientos. Escucho el murmullo de las gentes, y todos creo que me engañan. En cada cara veo una máscara, en cada vestido un dominó, en cada palabra una broma, y en el mundo un carnaval. ¿Quieres que á tí te crea, Luisa? Eso es pedir lo imposible; porque al fin eres mujer, y la mujer es una mariposa que se viste de diferentes matices segun las flores que liba.

—Pero tomando por norma tu conducta, de todo se desconfia.

—El hombre no está seguro de sus acciones, ni conoce sus propias obras. Cervantes no supo si aniquilaba ó ensalzaba la caballería en su obra inmortal. Napoleon, arrastrando tras sí á la Francia, no sabía si en las puntas de sus bayonetas llevaba el despotismo, ó la libertad.

—Y....

—Y si el hombre no está seguro de sí mismo, ¿podrá por ventura asegurar nada de los demás? Si no conoce su corazón, ¿blasonará de sondear los ajenos?

—Compasion me inspira tu vida.

—Yo dudando de todo, he logrado encontrar la verdad de las verdades; el axioma de que *todo en el mundo es mentira*.

—También lo será tu amor.

—No me opongo á semejante aserto. Mi amor vive porque cree que el tuyo está muerto; porque se considera no correspondido; mi amor vive de la muerte, y respira en el vacío. Si yo creyera que me amabas, si te viese siempre á mis pies implorándome una caricia ó una mirada, si al reclinar mi cansada cabeza sobre tu pecho contara en los latidos de tu corazón otras tantas emanaciones de ardiente amor, entonces te abandonaría hastiado y aburrido.

—Segun eso; ni la felicidad merece un tributo de alegría, ni el infortunio una lágrima.

—Así es. Si no fuéramos tan frágiles y de natural tan débil, no oiríamos la voz de las pasiones, ni el grito de los dolores. Nadie practica aquello de que está convencido. Sócrates encomiaba la virtud, y caía rendido de amor en brazos de las cortesanas. Si hubieran llegado hasta nuestros oídos, tal vez nos avergonzaríamos de los amores de Platon, el primero que divinizó esa pasión, pintándola con los mas celestiales colores.

—Es triste vivir de la desconfianza y la duda.

—Son como reflejos brillantes que alumbran los escollos de esta turbulenta sociedad. Y sino, Luisa, ¿qué has hecho durante mi ausencia?

—Pensar en tí; aunque eres mi carcelero.

—Voy á creerte por vez primera en mi vida.

Luisa palideció, y su amante echó de ver su palidez.

—¿No te ha asaltado un deseo de libertad?

—Estoy segura de que no me has de creer.

—¿Qué sabes? Tal vez te crea. El hombre tan libre, no puede menos de dejarse llevar á veces de su propia organización. Hay días, segun la voluntad del acceso en que una gota de bilis nos hace ver el mundo lleno de males, y el cielo vacío; y días también, en que la rápida circulación de la sangre nos pinta un cementerio con losesmaltes de un jardín.

—¿Y hoy cómo tienes la bilis?

—¿Estoy pálida?

—No.

—Entonces, no temas.

—Pues mira, pensaba en lo felices que seríamos, si me permitieses salir una tarde al Retiro.

—Confieso que así como tú siempre me estás echando en cara mi amor entrado ya en edad, yo tengo tentaciones de echarte en cara tu deseo de lucir, impropio ya de tus cuarenta años.

—Quiero ver el sol esplendoroso de Castilla, y respirar las brisas embalsamadas del campo.

—¿Ningun otro deseo te arrastra á pedirme esos momentos de libertad?

—Ninguno, contestó entrecortada, Luisa.

—Me engañas.

—No; contestó ella tímidamente.

—¿Ese no! Vamos; echemos á un lado recelos y aprensiones. ¿Querías que paseemos juntos?

—Por supuesto; dijo con frialdad, Luisa.

—Ese por supuesto... Estoy decidido á creerte. Sino creyera en tí, que me has sacrificado hasta tu honor; ese don tan preciado de las mujeres, porque sin él ni los pollos las rinden vasallaje, ni las tertulias las admiten en su seno; sino creyera en tí, repito, ¿en qué habia de creer este infeliz?

—¿Te burlas?

—¿Burlarme yo! Nada de eso. Te creo. Nunca mas dudaré.

—¿Nunca?

—¿No has intentado huir?... dijo mirando la cerradura.

—¿Para qué? si contigo soy feliz.

—¿Ni ocultarme algo para sorprenderme?

Y miraba todos los ángulos de la sala con nimia escrupulosidad.

—Ni siquiera me permites entregarme á las labores de mi sexo.

Y Luisa acariciaba las tapas del devocionario.

—Ya adivino lo que has hecho. Rezar

Y cogió el libro.

Luisa dió un grito agudísimo, como si la desgarraran las entrañas con un puñal. Edgardo desplegó la carta con severa y fria impasibilidad.

—Ola; dijo después de haberla leído. ¡Magnífico! Hay aquí declaraciones que te honran.

—Seguí á un hombre á quien no amaba, por huir de un hombre que me aborrecía.

—Buen modo de excusar un crimen. El amor, Luisa, todo lo borra; pero abrazar el mal por cálculo, es un delito que aun no has purgado, y que vive Dios, purgarás bajo mis manos.

Luisa encendida de vergüenza ni hablaba, ni á respirar se atrevía.

—La mujer abandonada devora el desprecio; oye la voz de un seductor, y deseando vengarse....

—Se prostituye, debiste añadir, como se ha prostituido tu madre.

—Anhelo, dices, por huir de este hombre.

—Huirás. Esta carta irá á su paradero, y tu acudirás á la cita.

—¿Perdon! gritó convulsivamente.

—¿Perdon! ¿Quieres volver á engañarme? Luisa. Tu marido te odia, tu hijo te maldice, y yo satisfaré

el odio del marido, y cumpliré la maldición del hijo

LXXXIX.

Resplandecía la luna, iluminando con sus melancólicos reflejos el jardín de Eugenia. Los árboles desnudos, sostenían en sus brazos algunos copos de nieve. La noche estaba serena, y en el blanco mar que por do quier divisaban los ojos, se reflejaban cual en rizado lago las estrellas del cielo. Se aproximaba el Carnaval, y se aproximaba también la ansiada hora del casamiento de Eugenia con Ernesto. Apoyados en una reja, se extasiaban ambos amantes en el cuadro de la naturaleza. Y en efecto, nada mas hermoso que la tierra vestida de blanco, coronada por un cielo sereno y una luna brillante; nada mas bello que esas nevadas noches, en que la campiña se parece á una virgen envuelta en el blanco velo de desposada, y los astros á las ilusiones que vuelan por un corazón amoroso y feliz.

Ernesto sentía, y amaba como poeta. Sus quejidos habian cesado, y se habia roto la lira de su dolor. Ya solo pensaba en su Eugenia, profesándola un amor verdadero é infinito.

Solo invocaba á María en los momentos de inspiración, (ya lo hemos dicho) como invocaban los poetas antiguos sus soñadas musas, ó los románticos modernos los fantasmas, que la embriaguez agrupa en el borde de una ponchera.

Todo pasa. Nuestros corazones tienen su primavera. Hay una edad en que se ama con entusiasmo, y se tiene en poco la vida, si el objeto adorado no la ilumina con la luz de sus hermosos ojos. Hay una hora en que la gloria nos fascina, y la historia nos levanta á desear la corona de los héroes. Hay un momento en que deseamos morir como Cervantes en la miseria, para vivir como Cervantes en la posteridad. Pero esos amores, esos deseos, esas ilusiones pasan; mueren; se desvanecen como el ensueño de un niño.

No ha habido amor que no haya jurado ser eterno, y su eternidad dura á veces un instante. Es triste entrar sin ilusiones en la carrera de la vida, pero es mas triste fingir esperanzas que el desengaño ha de marchitar, y dicha que el tiempo ha de desmentir.

XC.

¿Y María? La infeliz habia sido llevada á un arruinado castillo, donde antiguo salon, recuerdo y restos de pasados siglos, albergó su dolor y recogió sus lágrimas. Una reja la separaba del campo, una puerta era centinela de su libertad. Un criado bajaba algunos manjares para su sustento. No hay para qué decir cómo lloraba la infeliz. No queremos lastimar el corazón de nuestros lectores.

El quejido del ave nocturna ó el bramar del viento eran sus compañeros. El gilguero que volaba en el cielo; dueño de su libertad era también su tormento. Alguna vez oía á lo lejos el arrullo de la tórtola, ó veía una flor deshojada y en su dolor las consideraba como compañeras de sus quebrantos. Rogó; porfió al ayuda de cámara su carcelero; pero rogó y portió vanamente. Ni una palabra de consuelo merecían sus quejas ni una mirada de compasion sus lágrimas. María se arrastraba por el suelo pidiendo un instante de libertad para correr á Madrid, y abrazar á su padre. Nada lograba; nada.

La previsora Eugenia se habia encargado también de esto, para no levantar sospechas que redundasen en contra de sus intereses. Todas las semanas enviaba socorros al padre de María en nombre de su hija, diciéndole al par que esta se hallaba contenta y feliz.